

Designación Rubén Naranjo Ciudadano Ilustre de Rosario. Concejo Deliberante (30/09/05)

Sabía que tenía que hablar pero no pensé que iba a recibir tantas palabras de ustedes recorriendo distintos espacios, distintos momentos de mi vida y como ustedes han contado aspectos y situaciones muy personales no voy a insistir en ellos.

Lo que quiero contar es un par de cosas, obviamente no conocidas porque pasan por mi vida privada y mis reflexiones; son dos breves historias.

Yo tuve una infancia feliz y un hogar donde indudablemente hubo un concepto muy amplio de lo que era la educación, lo cual permitió desarrollarme bien.

Al lado de mi casa había un terreno baldío muy grande que fue local de una panadería. Fue demolida y solo quedó el horno al fondo del terreno. Todas las tardes, cuando los barrenderos del barrio con sus carritos terminaban sus tareas, iban a ese terreno y en el horno hacían mate cocido. Me acuerdo perfectamente bien, en aquellas latas de dulce de batata redondas, grandes. Ellos tomaban el mate usando como tazas los envases de los duraznos enlatados. Yo me sumaba a ellos. Tomaba mi merienda con ellos compartiendo galletas marina, que entonces existían.

Años después, hablando con mi madre, le pregunté cómo ella había aceptado que yo fuese a tomar mi merienda con los basureros. Me dijo que esa pregunta se la hizo mucha gente, en aquella época, cuando yo tenía siete u ocho años, y que ella entonces decía: son gente de trabajo, por lo tanto no le van a hacer daño al chico. A mí me quedó grabado este hecho, la relación con los basureros -cuyos nombres no puedo recordar- y si, digo, que un poco el clima, lo que fue esa vinculación directa con la gente tan humilde, la reencontré en un salto en la vida cuando llegué a la Biblioteca Vigil, donde el barrio, Tablada, había posibilitado la existencia de esta biblioteca.

Barrio muy particular, barrio peronista; una biblioteca donde todos eran peronistas -era lógico- Llegué para hacer un trabajo por un tiempo determinado pero se prolongó más allá de lo previsto. Finalmente, lo terminé; son los murales del frente y el patio. Fui como pintor para hacer los murales. Me invitaron a quedarme a trabajar en el barrio, en la biblioteca, y quedé hasta la intervención militar, hasta el '77. Yo no era peronista.

He hecho referencia muchas veces a mis posturas y he dicho siempre, y sostenido que soy un anarcotrasnochado. Lo he dicho siempre. Soy un anarcotrasnochado. Nunca tuve partido. Soy un tipo de izquierda pero no milité en partido alguno. En la Vigil, donde eran, insisto, todos peronistas, me dieron cabida para que hiciese todo lo que pudiera hacer y nunca tuve una experiencia humana más importante en mi vida. En Biblioteca Vigil, no tenía afinidad política pero aprendí tanto.

En aquellos años era docente de la universidad, daba clase en Arquitectura y decía: en la Facultad enseño, en la Vigil aprendo; y lo digo aún ahora con profundo respeto, tanto por mis alumnos de la Facultad de Arquitectura como por mis compañeros de la Biblioteca Vigil.

Aquellas vivencias de la Vigil dieron otro salto después de veinte años. Otra vez, por una situación eventual, me conecto con la Asociación C.H.I.C.O.S y ahí

me encuentro con otra realidad, que no era el “pueblo de la Vigil” -como hace poco he leído que se ha designado- sino chicos que provienen de historias trágicas, que nada tienen que ver con espacios organizados para la educación, pero sí de tragedias enmarcadas en malos tratos y violaciones de todo tipo. El dialogo me abrió otro horizonte. Nada de lo que sabía como educador, por mi paso por la facultad y la escuela, nada me sirvió; solo me sirve estar con ellos, para mantener el diálogo, porque las realidades son otras. Los chicos son parte de un pueblo maltratado, humillado, ofendido, violado.

Y esto que pensaba para hablar con ustedes, esto me obligó a pensar en mí mismo, ver momentos de mi vida y no contar todas las situaciones, pero encontrar una línea para mí mismo. Me acuerdo, la redondeé en el tiempo, aquel periplo que empezó con los basureros, siguió con la Vigil y está y estará con los chicos.

Esa es una historia que quería contarles; una historia bella que habla del pueblo, de pueblos con los cuales tengo una relación de enseñanza y de aprendizaje, básicamente de aprendizaje por lo que enseña la gente.

Tengo otra historia. Es distinta. Por los años 44, yo tenía 14 años, se produjo la liberación de París. Hace pocos días hemos leído en los diarios que había festejos en todo el mundo al cumplirse 50 años de aquel acontecimiento.

En mi casa se había vivido la Segunda Guerra Mundial con mucha intensidad porque la familia de mi madre es de origen francés; mamá había nacido en Rosario pero fue educada en Francia y mi abuela, madame Adela, vivió en casa hasta que falleció a los 101 años. Por supuesto, la Segunda Guerra Mundial, la invasión nazi al continente, fue vivida trágicamente en mi familia y por ello fue festejada alborozadamente la liberación de París. Fuimos viviendo las etapas: Normandía primero, finalmente los aliados tocaban territorio europeo, el avance y finalmente Leclerc entró en París. Pero no solamente en mi casa se festejaba, lo hacía el mundo entero, también Rosario. Y esa noche, mi abuela que tenía 80 años, se escapó de casa, se fue a festejar a la calle; salimos todos a buscarla. Convencidos y participando del festejo pero también buscando a la abuela. Yo recuerdo esa noche, la tengo grabada. La gente feliz, la gente que cantaba, la gente que movía banderas de colores, de Francia, de Inglaterra, de la Unión Soviética, de Estados Unidos; los aliados habían vencido y todo era alegría. Y el festejo de esa noche en Rosario fue interrumpido bruscamente. A una cierta hora cargó la guardia de caballería sobre la gente, que saltaba, se abrazaba y cantaba. Cuando llegaron los escuadrones -los mayores lo recuerdan- cargó contra la gente y todo terminó en una corrida, la calle quedó vacía. No entendí qué había pasado, por qué castigaban a la gente que estaba festejando la liberación de París.

No recuerdo qué explicación me dieron en mi casa, no recuerdo, supongo que me habrán explicado. Yo tenía 14 años. El mundo de los chicos de 14 años era un mundo de barriletes y de pelotas de trapo y rodillas sucias. No es el mundo de hoy, para nada. Era candoroso y por ese candor de entonces no podía entender a los caballos largados contra la gente y a los integrantes de la guardia de caballería, sable en mano, pegando a diestra y siniestra. Entonces no entendí por qué pasó eso; años después lo entendí. Años después, si, entendí que la gente salió a festejar la derrota del nazismo, la máxima aberración del capitalismo -aquella entre varias más, pero aquella fue la máxima aberración del capitalismo. La gente salió a festejar esa derrota y fue castigada en su festejo. Eso pasó.

Conocí la represión esa noche, era muy chico. Podía no entender muchas

cosas pero si entendí lo que vi, la represión. La represión que no tiene tiempo, que es una fuerza destructiva por propia naturaleza; esa represión que está permanentemente en la sociedad.

Años después, estudiando, entendí que el nazismo había implantado una forma siniestra de comportamiento, que tuvo una estructura política y militar, y socios que lo posibilitaron. Me sorprendí años después cuando leí un texto de Olga Cossettini escrito en 1947, cuando todo el mundo festejaba la terminación de la guerra, año 45, rendición de Alemania y de Japón, dos meses después. Olga Cossettini, nuestra maestra, pronunció un discurso comparando la pedagogía del nazismo con la pedagogía de Janusz Korczak. Dice Olga: “El nazismo fue vencido militarmente pero está enlarvado en la sociedad y como enlarvado en la sociedad permanecerá”. El sentido de tal afirmación lo entendí después, no cuando corrí aquella noche, de mis 14 años.

Lo que no pude preveer, es que casi 60 años después iba a presenciar la misma represión en Rosario, en diciembre de 2001. Hubo en el medio lo que hemos vivido: la tragedia de la dictadura militar. Acá hay luchadores de muchos años y de muchas luchas, no voy a explicar que fue el proceso. Pero si digo que aquella represión que conocí en el año 44, con mis 14 años, ya viejo como estoy, la vuelvo a recibir en el 2001 en Rosario, cuando la policía de Santa Fe asesina a militantes del campo popular, a gente que había salido a la calle a pedir alimentos. Me digo, cómo funciona la represión en las sociedades: castigó a quienes cantábamos por la liberación de París y castiga a quienes abren la boca para pedir pan. La represión es la misma, indudablemente. Esa fuerza brutal que destruye, que destroza...

Estas dos breves historias tienen que ver con mis orígenes y justifican mi vida y que haya elegido determinados caminos.

Les comento que por problemas de salud he estado muy encerrado en mi casa todo el invierno. Ahora que ha pasado un poco el frío puedo moverme con algo más de tranquilidad y entonces he retornado a espacios que para mí son fundamentales.

Volví a la Asamblea de Recuperación de la Biblioteca Vigil. Hay una propuesta de la provincia para la devolución y una respuesta de la asamblea constituida desde el 11 de marzo en las propias aulas de la Escuela Vigil. Elaboramos una respuesta e intentamos desde este espacio de recuperación dar posibilidad a los jóvenes que se formaron en la Biblioteca Vigil, a quienes fueron alumnos, a los cooperadores que siguieron trabajando en las Escuelas Vigil desde entonces, y a los vecinos -a los viejos y a los nuevos- a que todos ellos puedan participar de la recuperación de la Vigil. Entendemos que los jóvenes que hoy tiene 40 o 45 años, algunos son obreros, otros son empleados, también profesionales, profesores, abogados, arquitectos, ingenieros, psicólogos, que se formaron en las aulas de la biblioteca, son quienes deben dirigir la Vigil en el Tiempo Dos. Si hay un Tiempo Dos, si hay una rehabilitación, quienes deben conducirla son los jóvenes, no las personas como yo que tuve la fortuna de participar en la otra Vigil y puedo acompañar los procesos de los jóvenes, pero la visión que hoy tiene la gente joven, del mundo, de la sociedad y de la educación, no es la misma que tengo yo. Respeto las diferencias y las cosas que no comprendo porque el tiempo es otro, porque nadie pensó en la época de Vigil tener que habilitar un taller para que los adolescentes puedan aprender oficios,

porque había aprendices en todos los gremios. Todos los gremios tenían aprendices. Era lo normal. Se ingresaba al mundo del trabajo siendo muy chico, en lugares donde el trabajo era la ejecución de la obra, además del concepto teórico. El trabajo además de facilitar las resoluciones económicas fue siempre, el medio perfecto para formar al ser humano como persona. El trabajo no da solamente el recurso para sobrevivir, el trabajo da la posibilidad de que los seres humanos sean personas. La vinculación, el crecimiento individual y colectivo determina siempre un espacio donde se comparten las situaciones de vida. El trabajo es eso. Y hoy eso no existe.

El nuevo proyecto de Vigil tendrá que comprender cómo se opera desde un espacio educativo para que ese principio de respeto al ser humano se pueda plantear donde no hay trabajo. Ese es el dilema mayor que entiendo enfrenta el hombre que en este momento no tiene trabajo, no tiene posibilidad de tenerlo pero, además, está obligado a reclamarlo como recurso económico y valor ético. Porque los seres humanos, por definición, somos seres éticos. Muy difícil es el desafío. Será esta una de las tareas de Vigil. A esas tareas yo me he sumado, ahora, que pasó el frío, que puedo estar en la calle.

También volví a la plaza con Las Madres. He vuelto a la plaza con Las Madres. Hace, calculo, 20 años que las acompaño en sus marchas de los jueves. Con renovado fervor porque yo sé que estando en la plaza con Las Madres estoy en un espacio de dignidad absoluta, donde ninguna impostura es posible, donde todo lo que se dice es verdad, donde nadie especula con nada porque el dolor une a todos.

He vuelto a la Plaza San Martín, como recién recordaba Alberto Cortés, la semana pasada. Para acompañar a los maestro en sus reclamos, los reclamos de siempre, lamentablemente. Allí he comprobando hasta que punto los maestros sostienen sus actos, sus discursos. Tampoco esto es habitual. Esto también es una forma de enfrentar a la impostura. Estuve con ellos poco tiempo porque no podía permanecer mucho, pero lo suficiente para sentir que podía, todavía, recibir lo que recibía estando con ellos.

Digo también que esta plaza de maestros resulta esencial en mi vida. He estado siempre.

En la plaza me encuentro con los amigos que hoy son docentes y también con huellas, con huellas de otros tiempos. Y digo con absoluta certeza, que no es ajeno a mi estar en la plaza, saber que también están docentes que, tal vez ustedes puedan no conocer. Son de maestros que partieron ya: Rubén Rodríguez, Teresa Martí, Mario López Dabát. Los tres maestros que hicieron en forma sucesiva el plan educativo de la Biblioteca Vigil. Tres maestros con distintos aportes pero que construyeron, dieron la estructura educativa a la Vigil. Los encontraba entonces en marchas. Los vuelvo a encontrar.

Me encuentro con Rodolfo Shcoler, una presencia fundamental en mi vida; un joven abogado, para mis años, que me dio todos los instrumentos que le requerí para plantear las situaciones de derechos humanos en las cuales yo estaba participando. Con el afecto infinito que le tengo a Rodolfo me encuentro con él en las plazas; en su estudio, en el mío, en su casa y en las plazas donde tantas veces marchamos juntos.

Y si hablo de plazas, obviamente, la veo a Rosa Ziperovich. Rosita, para todos, en su lucha de siempre en defensa de la educación pública, con la fuerza

que puso en sus realizaciones. Le decía: “Siempre abrigando esperanzas. Siempre abriendo caminos”. Caminos en los cuales transitar es sentir la dignidad humana.

Esto es lo que pensé podía contarles a ustedes. Son, tal vez, los datos, las palabras que no se pueden registrar en un currículum, no se pueden narrar, no se pueden escribir, no son situaciones en sí trascendentes, ni aquellos basureros, ni mis horas en la Vigil, ni en chicos de la calle, ninguna de estas cosas pueden ser tomadas habitualmente como elementos curriculares, pero son mi vida.

Sí quiero decir, si debo decir, con profunda convicción que me siento muy agradecido por el reconocimiento que el Concejo Deliberante hace respecto de mi vida pero que la mayor recompensa que he recibido en estos días, la mayor recompensa que recibí en mi vida, es saber que hoy un chico de la calle de Rosario, formado en C.H.I.C.O.S, hoy es docente en la Biblioteca Lepratti. Un chico que yo conozco desde que tenía 9 años y hoy tiene 20. Un chico que estuvo 10 años en la calle solo. Su familia no es de Rosario. Durmió 10 años en la calle, solo, con todo el riesgo y el peligro que supone la calle; con la tremenda situación de indefensión que da la calle y con lo bueno y lo malo, lo tremendamente malo que depara la calle. Y este chico pudo superar situaciones, aprender un oficio en la asociación C.H.I.C.O.S, y hoy tiene a su cargo un taller de serigrafía en la Biblioteca Pocho Lepratti.

Pocho, una víctima de la represión del 2001. Un docente que para sobrevivir en el mundo que nos toca vivir trabajaba como ayudante de cocina en una escuela, pero docente y docente de entregar todo su tiempo a los demás. Ese fue Pocho Lepratti. Su nombre ustedes lo ven en las paredes. “Pocho Vive” se repite y seguirá creciendo en presencia permanente, porque fue un trabajador de la vida que volcó toda su capacidad y su infinito amor para la gente que no tenía posibilidades de sobrevivir con dignidad, para los marginados. Hoy se multiplican los núcleos Pocho Lepratti.

La Biblioteca que lleva su nombre tiene talleres de formación para personas sin oficio, entre otros un taller de serigrafía. En ese taller se desempeña este chico, David, que sale de la calle para ser docente y comienza a ser docente en la Biblioteca Pocho Lepratti. Reitero. Es la mayor recompensa. Muchas Gracias.